

Resistencias y movimientos sociales transnacionales*

MARGARITA DEL C. ZÁRATE VIDAL**

Abstract

TRANSNATIONAL RESISTANCE AND SOCIAL MOVEMENTS. *A journey through the studies on the creation of transnational social movements, from a context of globalization, the fights and resistance against the latter and the analytical difficulties to categorize a social movement as transnational. The concepts of globalization, resistance, city and transnational community are briefly reviewed, and the importance of meanings and identities. Movements that show significant characteristics of what could be referred to as transnational exemplify it.*

Key words: *globalization, community, transnational community, social movement, transnational city, global justice, identities, meanings*

Resumen

Se hace un recorrido por los estudios sobre la creación de movimientos sociales transnacionales, partiendo del marco de la globalización, las luchas y resistencias en contra de esta última y las dificultades analíticas para categorizar a un movimiento social como transnacional. Se discuten sucintamente algunos conceptos –globalización, resistencia, ciudad y comunidad transnacional–, y la importancia de los significados e identidades. Se ejemplifica con movimientos que presentan características significativas de lo que podría ser denominado transnacional.

Palabras clave: *globalización, comunidad, comunidad transnacional, movimiento social, ciudad transnacional, justicia global, identidades, significados*

Introducción

Este trabajo se ubica en el campo de los movimientos sociales transnacionales y las resistencias como patrimonio simbólico y de praxis de la protesta social. El problema que me ocupará es la conceptualización de diversas acciones de protesta social que, desde agendas que se pretenden locales, apelan a procesos y agendas globales y transnacionales, desde el sur, pero no sólo desde ahí. La pregunta central de este ensayo es acerca de la caracterización de dichas formas de protesta y acción social. ¿Son movimientos transnacionales tal como han sido definidos por Khagram, Riker y Sikkink (2002) o Moghadam (2009), o todavía no lo son, y constituyen modos de activismo transnacional en el sentido enunciado por Tarrow (2005)? Este último autor plantea que la globalización provee incentivos y temas para el activismo transnacional, y es el internacionalismo el que ofrece un marco, un conjunto de puntos focales, y una estructura de oportunidades para los activistas transnacionales. Globalización es el proceso a través del cual las vidas individuales y las comunidades locales son afectadas por fuerzas culturales y económicas que operan a escala planetaria. Es el proceso del mundo volviéndose un lugar único (Ashcroft, Gareth y Tiffin, 2000).

* Artículo recibido el 03/02/15 y aceptado el 29/05/15. Este artículo se escribió en el marco del proyecto Conacyt 152521H, La Ciudad Transnacional.

** Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Av. San Rafael Atlixco núm. 186, col. Vicentina, delegación Iztapalapa, 09340, México, D. F. <meg12@prodigy.net.mx>.

Tilly y Wood (2009) señalan que la globalización da forma a la distribución mundial de los movimientos sociales, no obstante, afirman que hay que evitar la suposición de que la confrontación entre globalización y antiglobalización domina la escena de los movimientos sociales. Apuntan que la variedad de globalización encontrada en los siglos xx y xxi, en contraste dramático con otras olas de globalización, minó el poder central de la mayoría de los Estados, liberando el capital para moverlo con gran rapidez de país a país, al tiempo que las oportunidades de ganancias surgían. Para estos autores (2009: 97), sí hay cambios significativos durante los primeros años del siglo xxi, en comparación con el siglo xx; redes de activistas conformadas globalmente, organizaciones no gubernamentales (ONG) mundiales y objetivos universales visibles tales como corporaciones multinacionales e instituciones financieras internacionales figuran con mayor prominencia en movimientos sociales recientes, en especial en las partes más ricas y mejor conectadas del planeta. Empero, invitan a ser cautos: 1) evitar el determinismo tecnológico, reconociendo que la mayoría de las nuevas particularidades de los movimientos sociales resulta de alteraciones en sus contextos políticos y sociales más que de las innovaciones tecnológicas como tales; 2) notar que, al igual que durante los siglos xix y xx, las innovaciones en comunicaciones en el siglo xxi operan de manera dual: por un lado, bajando los costos de coordinación entre los activistas que ya están conectados y, por el otro, excluyendo aún más a aquellos que carecen de acceso a los nuevos medios de comunicación y, por tanto, incrementando la desigualdad de comunicaciones, y 3) recordar que casi toda la actividad de los movimientos sociales del siglo xxi continúa descansando en formas de organización locales, regionales y nacionales, que ya habían prevalecido durante la última etapa del siglo xx.

Tarrow (2005) se pregunta qué hay de diferente respecto de la ola contemporánea de activismo transnacional. Pareciera que hay más de ello, que involucra un *spectrum* más amplio de gente ordinaria y élites, y que se expande a un mayor rango de preocupaciones domésticas e internacionales. Pero lo más sorprendente acerca del nuevo activismo transnacional es tanto su conexión a la ola actual de globalización, como su relación con la estructura cambiante de política internacional. La primera –argumenta Tarrow– provee incentivos y causas de resistencia para muchos (aunque no para todos) activistas transnacionales, mientras que la segunda les ofrece a los activistas puntos focales para la acción colectiva, les brinda recursos y oportunidades expandidas, y los conjunta en coaliciones y campañas transnacionales. Pese a todo, esto

no se puede reducir a la simple ecuación de que la globalización conduce a la resistencia. Resistencia(s), en sentido estricto, es la capacidad de todo sujeto de enfrentar el ejercicio del poder, de intentar salirse del juego, de escabullirse o de hacerle trampa al poder (Zárate, 2012: 150). Como enuncié antes, la resistencia es patrimonio discursivo y de praxis de las luchas sociales. Para Alonso (2013), las resistencias son importantísimas, pero no suficientes, y plantea que la capacidad aglutinadora de los movimientos sociales anticapitalistas tiene que ver con las convergencias. Esto involucra distintos agentes, no existe un actor privilegiado del cambio, son sujetos plurales que van coincidiendo. La diversidad y la pluralidad están en el centro. Ortner (2006) asevera que, aunque la categoría de resistencia es ambigua, resulta útil al resaltar la presencia del juego del poder en la mayoría de las formas de relación y actividad, y añade un punto relevante: los que resisten hacen más que sólo oponerse a la dominación o producir una reacción virtualmente mecánica. Asimismo, tienen su propia política tanto entre jefes y comuneros o terratenientes y campesinos, como dentro de todas las categorías locales de fricción y tensión, hombres y mujeres, padres e hijos, adultos y jóvenes. Esto agrega complejidad y desencializa la idea de una comunidad de valores compartidos. Como veremos más adelante, el significado de *comunidad* está en contienda.

La ciudad transnacional como marco de las protestas sociales

Esta reflexión se enmarca en lo que Besserer y Nieto (2015) denominan *transnacionalidad urbana*, y la idea del *derecho a la ciudad transnacional*. En este sentido, Harvey nos ha alertado sobre el hecho de que los urbanitas pobres han contribuido a construir la riqueza de la llamada *ciudad global*, pero la especulación financiera devino en una crisis de acumulación en 2008 que marca el signo de nuestro tiempo y que impactó especialmente a los sectores marginales urbanos. Hoy, los márgenes urbanos de las metrópolis (de países pobres y ricos) se suman a la precariedad laboral, la inseguridad, la violencia, y las adversidades afectivas. Por ello es necesario impulsar una agenda sobre el derecho que los pobres urbanos tienen a la riqueza y al bienestar que ellos mismos ayudan a generar (Harvey, 2008). El autor plantea que mientras los capitales financieros globales articulan a las urbes, los movimientos periurbanos no se encuentran estrechamente interrelacionados; de hecho, la mayoría no tiene conexión entre sí.

Besserer y Nieto sostienen lo contrario: sí existen las conexiones transnacionales entre los marginados urbanos. Es decir, hay contribuciones que emergen de las conexiones entre los márgenes urbanos a la globalización urbana “desde abajo”, y argumentan, por lo tanto, sobre la posibilidad de que esta vinculación social pueda ser la base de un proceso organizativo para el cambio social, un proceso que pueda dar cuenta de la práctica del derecho a la ciudad.

En este debate incluiré algunas reflexiones sobre las conexiones transnacionales no sólo entre los movimientos periurbanos, sino de otra clase de movimientos que de cualquier modo convergen en la ciudad transnacional, en un intrincado entrelazamiento social de los márgenes urbanos en esa forma de globalización desde abajo. Así, la ciudad transnacional constituye un espacio tanto de resiliencia y de resistencia, como de cambio social, según lo evidencian los distintos tipos de activismo *local* y *glocal*. Los sujetos en resistencia y en los movimientos sociales construyen ciudad; la ciudad transnacional es entonces el conglomerado de espacios sociales transnacionales (combinación de espacios de flujos y lugares) que los sujetos erigen entre polos urbanos (Besserer y Oliver, 2014: 22).

Los movimientos sociales articulan estructuras de sentimientos, promueven una gama diversa de emociones y sensaciones hacia los oponentes, son también guerras de interpretaciones (Zárate, 2012). Ejercen el contrapoder construyéndose en primer lugar a sí mismos mediante un proceso de comunicación autónoma (Castells, 2012), libre del control del poder institucional. Castells abunda sobre el papel de los medios de comunicación, las redes de internet y al mismo tiempo enfatiza la trascendencia de la ocupación del espacio urbano, que propicia la creación de “comunidad”. A este respecto, Cohen (1998) afirma que los movimientos sociales transnacionales son comunidades transnacionales, por las experiencias compartidas de buscar maneras más significativas de participación política, y la evolución de un repertorio crecientemente globalizado uniendo perspectivas y acciones. Cabe mencionar que, por convención, la idea de comunidad ha sido con frecuencia delimitada en términos territoriales, pero esta tradición ha sido sobrepasada en gran medida por el énfasis en las formas participativas, fluidas y descentralizadas de comunidad. Los movimientos sociales transnacionales no necesitan proteger fronteras, territorios e intereses nacionales, ni estar atados a localidades particulares. Esto no debiera impedir que las viéramos como comunidades transnacionales. En el sentido clásico de los estudios transnacionales, éstas son una compleja articulación de redes sociales (Kearney, 1986).



Entonces, al revisar el concepto de comunidad, hay que ser cuidadosos para distinguir entre la retórica política –de solidaridad, homogeneidad– y las consecuencias de la aplicación indiscriminada del término tanto en la vida cotidiana como en el análisis. En investigaciones sobre movimientos campesino-indígenas se ha mostrado la complejidad del uso de “comunidad” y de lo que se considera “comunal”; así, para una organización campesino-indígena en la década de los noventa, el discurso de la dirigencia destaca la importancia de una cultura comunal como forma de resistencia ante la explotación y el despojo de tierra. Mientras que, de facto, la comunidad experimentada por los distintos miembros demuestra que siempre han existido divisiones y conflictos dentro de las comunidades, que en realidad no son unidades sociales naturales. La solidaridad, el disenso y la vigilancia representan partes iguales del proceso de construcción de la hegemonía comunal, y la comunidad es también un medio de expresión para los diversos intereses y aspiraciones (Zárate, 1998: 238-239). Rose (2007) indica que en las racionalidades políticas contemporáneas se piensa en términos de un lenguaje investido moralmente y que se intersecta con el discurso del mercado referido a los contratos y el consumo, en las formas más complicadas y sorprendentes: la comunidad. Ésta es una mutación profunda,

la reconfiguración del territorio de gobierno en términos de comunidad tiene un número de características significativas. La primera es espacial: un tipo de “des-totalización”.

Lo social, más allá de todas sus estratificaciones y sus variaciones, fue imaginado como un espacio unitario, territorializado a través de una nación. Correlativamente, el gobierno, desde el punto de vista de *lo social*, postuló una única matriz de solidaridad, una relación entre una sociedad orgánicamente interconectada y todos los individuos contenidos en su seno, partiendo de una forma político-ética de la noción de ciudadanía social. Hoy, por el contrario, se piensa en una diversidad de “comunidades” que dominan, actual o potencialmente, nuestra lealtad: las comunidades morales (religiosas, ecológicas, feministas), las comunidades de estilo de vida (definidas en términos de gustos, estilos de vestir y modos de vida), las comunidades de compromiso (para discapacitados, problemas de salud, activismo local), y así sucesivamente. Tales comunidades son construidas de modo localizado, heterogéneo, superpuesto y múltiple. Algunas veces son definidas en términos de las coordenadas geográficas de una micro localidad. Otras veces son “comunidades virtuales” sin que haya asociación ni en el espacio, ni en tiempo “real”, sino a través de una red de retransmisiones de comunicación, de símbolos, de imágenes, de estilos de vestir y de otros dispositivos de identificación [Rose, 2007: 120].

El sujeto está siendo interpelado como un individuo moral, con lazos de obligación y responsabilidad respecto de su conducta, organizados de una nueva manera. El individuo en su comunidad es ambos a la vez y está supeditado por ciertos lazos emocionales de afinidad a una red circunscrita de otros individuos –unificados por vínculos familiares, de localidad, de compromiso moral para la protección ambiental o el bienestar de los animales–. Es lo que Rose llama *el gobierno a través de la comunidad*.

El movimiento estudiantil en los sesenta, los movimientos desde el sur y el activismo transnacional

A decir de Tarrow (2004), los años de esperanza comenzaron con el movimiento por los derechos civiles de principios de los sesenta y la agitación contra la guerra de Vietnam, en Estados Unidos. Los estudiantes universitarios, al igual que en Europa, estuvieron a la vanguardia; sin embargo, los trabajadores, que tuvieron un rol central en Francia e Italia, se encontraban en gran medida ausentes, de la misma forma que los jóvenes afroamericanos que nutrieron el movimiento por los derechos civiles y no formaban parte de los estudiantes universitarios acomodados que apoyaron el movimiento contra la guerra de Vietnam.

El autor enuncia algunos rasgos de la transnacionalización, como la rápida difusión tanto temporal como geográfica, la cual dependía en cierta medida de los equipos profesionales de activistas que se habían conocido en el movimiento por los derechos civiles, y cuyos instrumentos eran las tarifas aéreas económicas (para dirigentes) y la televisión (información). El menor tamaño de la sociedad permitió la difusión más veloz en Europa. Los marcos de acción colectiva eran compartidos en ambos lados del Atlántico. Hubo, pues, una difusión transnacional tanto de las ideas del movimiento, como de las tácticas. Existían organizaciones que combinaban la herencia de la vieja izquierda con otras con formas de movilización más descentralizadas. El repertorio de acción colectiva pasó de las manifestaciones a las asambleas y las estrategias de resistencia no violenta aprendidas del movimiento de los derechos civiles.

Khagram, Riker y Sikkink (2002) advierten que los estudios sobre movimientos sociales sugieren que resultará muy complicado formar movimientos sociales transnacionales. En especial, las teorías sobre los movimientos sociales afirman que las condiciones que contribuyen a la emergencia y efectividad de los movimientos sociales serán difíciles de encontrar y sostener transnacionalmente (Tarrow, 2004). Por ejemplo, argumentan que los procesos de enmarcamiento críticos a los movimientos sociales pasarán entre gente homogénea que está en permanente e intenso contacto (McAdam, McCarthy y Zald, 1996). No obstante, los movimientos sociales transnacionales por lo general empiezan con participantes nada parecidos. ¿Cómo explicamos por qué la gente que no es similar entre sí algunas veces se involucra en la acción colectiva transnacional? La teoría sugiere que los movimientos sociales emergen de las estructuras movilizadoras en las comunidades –familias, redes de amistad y estructuras informales de la vida cotidiana, incluyendo escuelas e iglesias–. Es aquí donde el análisis etnográfico permite contribuir a la comprensión de los movimientos sociales, sean o no transnacionales. Pero tales estructuras movilizadoras y redes interpersonales están en extremo ausentes de la arena transnacional (Khagram, Riker y Sikkink, 2002: 13).

Moghadam (2009) asevera que los movimientos sociales transnacionales están relacionados con la globalización de tres modos: *a)* son respuestas a las desventajas de la globalización, específicamente al capitalismo neoliberal; *b)* reflejan la expansión global de la sociedad civil, la esfera pública transnacional, la cultura mundial, y *c)* se benefician de las oportunidades y recursos asociados con las nuevas tecnologías de la información, sobre todo internet.

Mientras la teoría de los movimientos sociales ha enfatizado la relevancia de las organizaciones, la estructura de redes –con su flexibilidad y fluidez– parece ser la más adecuada en la era de la globalización, y la más característica de los movimientos sociales transnacionales.

A este respecto, Smith (2009: 246-247) ubica la noción *network* como esencial para entender los movimientos sociales, y alude a una amplia variedad de actores que participan en ellos en distintos tiempos y lugares. Los movimientos están configurados por redes de organizaciones formales, individuos y muchas asociaciones informales y alianzas que interactúan de múltiples maneras. La autora documenta el dramático crecimiento de las organizaciones de movimientos sociales transnacionales, y señala que a principios de la década de los cincuenta se encontraron alrededor de 100 grupos, en tanto que para 2003 aumentaron a más de mil. Los asuntos que más atrajeron la atención de esas organizaciones fueron los derechos humanos, el medio ambiente, los derechos de las mujeres, la paz y la justicia económica. Smith destaca un complejo multilateralismo, la política global hecha en gran medida de redes interactivas de actores estatales, no estatales e intergubernamentales. Facilitando la comunicación y la traducción a través de diferentes espacios políticos y niveles de acción, las redes transnacionales ayudan a relacionar las prácticas e ideas en contextos locales con instituciones y procesos en el ámbito global. La autora también identifica significativos cambios en el activismo transnacional: primero, que su alcance se ha expandido, incluyendo un creciente número de actores del sur global; desventajas económicas y más altos niveles de represión política en el sur ya no impiden a la gente en esos países cultivar redes activistas transnacionales que busquen remediar los problemas que encaran. Segundo, que la estructura de las organizaciones transnacionales se ha vuelto menos centralizada y más conectada a redes locales y nacionales de activistas. Tercero, que la escala de la acción transnacional se ha modificado, moviéndose de lo global a sitios orientados más localmente. En otras palabras, los esfuerzos organizativos transnacionales están conectándose cada vez más a las rutinas diarias de una mayor cantidad de personas. Cuarto, las estrategias en las instituciones globales han ido de poner énfasis en la generación más temprana de activistas, pasando por la promoción de campañas fundadas en problemas y guiadas por organizaciones clave, hacia formas de movilización más permanentes basadas en internet, con liderazgo descentralizado e identidades individualizadas. Por último, las capacidades de los conjuntos de activistas

transnacionales han cambiado de un limitado cabildeo en el nivel de élite, a una acción política más cimentada en las masas. Esta transformación sugiere la necesidad para los analistas de adoptar un enfoque que se centre menos en las organizaciones específicas y más en los procesos y relaciones entre actores diversos.

Todos los casos pueden tener una dimensión transnacional, pero difieren sobre si involucran fuentes u orígenes transnacionales de problemas, procesos transnacionales de acción colectiva y/o resultados transnacionales. Khagram, Riker y Sikkink (2002) establecen que los tipos esenciales de acción colectiva transnacional o de política contenciosa son las ONG internacionales o transnacionales, así como las redes de apoyo, las coaliciones y los movimientos sociales transnacionales. Manifiestan que las campañas que contribuyeron al declive de la dictadura pinochetista a finales de los años noventa y las protestas en Seattle en 1999 tienen un denominador común: son formas de acción colectiva transnacional que involucran ONG interactuando con normas internacionales para reestructurar la política mundial. Sobre este tema Smith (2008) apunta que en los acontecimientos de la resistencia de Seattle se conjuntó una iniciativa que buscaba democratizar e incorporar otros valores más allá de las ganancias. Subraya que, aunque esto pareciera nuevo, en cuestiones de resistencia global el sur antecedió con el rechazo a las políticas de ajuste del Fondo Monetario Internacional. El caso de los pueblos indígenas, de acuerdo con Morin y Santana (2003: 8),

nos permite distinguir bien la globalización, proceso ampliamente “descentrado” en relación a los territorios nacionales y situado en el espacio de la economía-mundo, del transnacionalismo, proceso anclado en uno o varios Estados-nacionales, pero que se dota de los medios para trascenderlos [...]. Mientras que la globalización “destritorializa” [...] el transnacionalismo permite la creación de nuevos territorios “virtuales”. Los pueblos autóctonos pueden así inventarse espacios geo-políticos para mejor resistir a la dominación etática y hacer contrapeso a los impactos negativos y a las presiones [deestructurantes] de la globalización. Estos nuevos espacios se superponen a los otros espacios políticos existentes, como aquéllos de las comunidades, de los grupos étnicos o de los territorios ancestrales.

Fueron las organizaciones norteamericanas como el National Congress of American Indians y la Fraternité des Indes du Canada las que iniciaron estos esfuerzos. Otro antecedente particularmente significativo desde el sur fueron los movimientos indígenas de la década de los setenta, primero con la reunión de

Barbados I, que en cierta medida fue un diagnóstico de la situación. En la segunda reunión de Barbados, en 1977, el núcleo central y mayoritario estuvo constituido por miembros de movimientos y organizaciones indígenas de América. El debate se orientó hacia las posibilidades de alianzas con otros grupos étnicos, clases, organizaciones políticas, laborales, etcétera. Se exploró la operación y el perfeccionamiento de los lazos de solidaridad recíproca con sectores nacionales e internacionales, en especial con movimientos y organismos del Tercer Mundo, analizándose al mismo tiempo los canales de cooperación directa de entidades nacionales e internacionales (Grupo de Barbados, 1979: 14). Albó (2003: 136) abunda sobre ello al discutir en torno a la nación aymara (Bolivia, Chile y Perú): “aunque a primera vista parezca contradictorio, la emergencia de nuevos movimientos étnicos incluso interestatales y de nuevas normas legales ‘multiétnicas y pluriculturales’ en diversas partes del mundo, tal vez tenga que ver también con otra coyuntura actual: la globalización”. Es lo que llama la conciencia para sí en niveles supra- o transnacionales que tiene tres referentes complementarios: el de pueblo aymara, el de una cultura y pueblos andinos y el de pueblos indígenas o indios, con una dimensión continental o incluso mundial. El movimiento zapatista chiapaneco constituye el ejemplo más reciente de una compleja red de redes y de poner en el centro la disputa en contra del neoliberalismo, encarnado en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y las demandas de redistribución y reconocimiento.

Los repertorios de protesta adoptan formas que han sido típicas de aquellos de los movimientos sociales nacionales y se expanden hacia arenas institucionales y multilaterales. Las redes de apoyo transnacional son las configuraciones más informales de los actores no estatales, la manera más común de acción colectiva transnacional. Las coaliciones transnacionales involucran un nivel de coordinación transnacional mayor que aquel presente en las redes transnacionales, y son identificadas como campañas transnacionales. Un ejemplo referido por Khagram, Riker y Sikkink (2002) discute la emergencia y el trabajo de dos coaliciones transnacionales antipresas en la India. Las redes transnacionales alrededor de la violencia contra mujeres se convirtieron en una coalición transnacional antes de 1993. Los movimientos sociales transnacionales son conjuntos de actores con propósitos y solidaridades comunes, ligados a través de las fronteras de los países, que tienen la capacidad de generar movilización social coordinada y sostenida en más de un país para influir públicamente en el cambio social. En contraste con las redes y coalicio-

nes transnacionales, los movimientos sociales transnacionales movilizan a sus miembros para la acción colectiva, en general mediante la protesta o la acción disruptiva. Por otro lado, los autores afirman que se esperaría que los movimientos sociales transnacionales, con su capacidad de movilización y disrupción (propias de los movimientos sociales domésticos), fueran más efectivos que otras formas de acción colectiva transnacional. Pese a ello, tales movimientos son también la manera más difícil y rara de acción colectiva transnacional. Para estos autores, un verdadero movimiento social transnacional debe contar con el siguiente rasgo: ser grupos que en al menos tres países ejerciten su capacidad para involucrarse en una movilización conjunta y sostenida. De hecho, en su opinión, el caso más cercano que podría calificarse como movimiento social transnacional es el movimiento internacional de mujeres. Asimismo, está el corto en duración pero dramático ejemplo de la Primera Internacional. Aunque llevó a cabo sus actividades de redes, como ofrecer e intercambiar información, la asociación internacional de trabajadores era en realidad más que una red, porque se reunió periódicamente para desarrollar y coordinar estrategias y tácticas comunes, entre ellas actividades de apoyo a huelga y acciones antiguerra coordinadas.

Otro caso fue el de las activistas transnacionales que protestaron en la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle en 1999 –referido con anterioridad–, y que se involucraron en movilizaciones disruptivas que presagiaron la formación de un movimiento social transnacional focalizado en la globalización. Como ejemplos más recientes se encuentran el 15-M, las Indignadas, 99% o el Wall Street Occupy, con sus resonancias en Europa; además de las protestas en contra de la guerra de Irak, las llamadas primaveras árabes, o las campañas globales en torno a Ayotzinapa, en Guerrero, México.

Una dimensión esencial son las organizaciones intergubernamentales, donde gobiernos y negocios interactúan con actores transnacionales no gubernamentales. Estas interacciones están lejos de ser armoniosas, ya que representan un enfrentamiento no sólo de formas de organización –pues la jerarquía vertical confronta las redes horizontales– sino también de propósitos, ya que los fines de los Estados pueden tanto convergir como entrar en conflicto con los de los negocios o los de las ONG; son luchas acerca de significado y no están divorciadas de la política por el poder.

No es posible entender las redes y coaliciones transnacionales a menos que comprendamos que una buena parte de su actividad está dirigida a cambiar

las interpretaciones de los actores o, en otras palabras, la creación, institucionalización y monitoreo de normas.

Los activismos transnacionales, la nueva sociedad civil global y la importancia de los significados

Della Porta y Tarrow (2008) apuntan el uso creciente del término *sociedad civil global*, y la reciente evolución de los movimientos hacia justicia global, por la paz y en contra de la guerra. Aluden a las ventajas y desventajas de internet, sobre todo respecto de aquellos que carecen de acceso. Prefieren hablar de movimientos sociales globales y política transnacional.

Miller (2004) sugiere que hay un cambio fundamental que va de las formas de organización política basadas en un lugar hacia una movilización transnacional de redes: el surgimiento de la sociedad civil global. Su punto de partida es la conexión profunda entre lo local y lo global, que existen en relación dialéctica uno con otro. Entonces, el asunto estratégico no es si las actividades de movilización deberían tener un foco global o local, sino que resulta mejor establecer relaciones *locales*. Los movimientos sociales están aprendiendo a identificar, negociar con, y construir alianzas entre personas ubicadas en diversos sitios que, sin embargo, están vinculadas con procesos socioespaciales complejos operando en una escala global. De ahí que los movimientos sociales encaren un mismo problema fundamental: cómo movilizar amplios apoyos y participación; éstas son, en efecto, las tareas más grandes de cualquier movimiento. La mayoría de la gente que comparte afinidades con los movimientos sociales nunca participa en ellos. Gran parte de la respuesta tiene que ver con la identidad colectiva. Casi todos los movimientos sociales apelan a colectividades específicas (incluso si sus objetivos son mejorar la más amplia condición humana), por lo común a través de organizaciones sociales clave que representan a esas colectividades. En general, los movimientos demuestran que mientras las identidades nunca son fijas, es crucial convocar a aquellas ya existentes. Miller hace una pregunta muy pertinente, ¿cómo los movimientos trascienden lugares sociales específicos? El marco de los mensajes de los movimientos con frecuencia se funda en una noción de particularismo militante, que alude a una experiencia de lugar concreta, base de muchas experiencias de compromiso político. Pero extender la solidaridad y el compromiso más allá del ámbito local puede ser problemático. El movimiento de las solidaridades tangibles—entendidas como patrones de vida social organizada en comuni-

dades afectivas y conocidas— a un conjunto de concepciones más abstracto, que podría tener convocatoria universal, involucra el desplazamiento de un nivel de abstracción ligado al lugar a otro nivel de abstracción capaz de llegar a través del espacio. Y en ese movimiento algo se pierde. Ir a través del espacio implica la pérdida de solidaridad cimentada en el lugar y la introducción de una política diferenciada. Aun en el lenguaje, por ejemplo, cambios de términos como *nuestra comunidad* y *nuestra gente*. Este movimiento de un mundo conceptual, de un nivel de abstracción a otro, puede amenazar el propósito común y los valores que enraízan el particularismo militante logrado en sitios concretos.

Hay una resonancia declinante de los mensajes de los movimientos cuando se vuelven más alejados de las identidades y preocupaciones cotidianas de colectividades en lugares específicos. Estos movimientos deben encontrar formas para enmarcar y reenmarcar mensajes amplios para que resuenen en una organización diversa y fluida de colectividades, en un extenso rango de circunstancias de lugar concretas, y en otras no necesariamente ligadas en especial a un sitio.

Los teóricos de los movimientos sociales se han preocupado por el proceso de la creación de significado, y, en los noventa, “la construcción social del significado se ha vuelto parte central de la teoría sobre los movimientos sociales” (Klandermans, 1997: 204). Los movimientos ayudan a crear y recrear significados mediante el enmarcamiento, los esfuerzos estratégicos de grupos de gente para elaborar una comprensión compartida del mundo y de sí mismos que legitime y motive la acción colectiva. Según Tarrow, los marcos no son ideas, son formas de conjuntar o empaquetar y presentar ideas y en estos enmarcamientos es donde se encuadran las injusticias y las quejas, las causas y los motivos. El enmarcamiento ocurre no sólo a través de lo que los movimientos dicen, sino también de lo que hacen, de sus elecciones de tácticas y las conexiones entre sus acciones y su retórica. El ejemplo ofrecido por Khagram, Riker y Sikkink (2002) sobre las grandes presas es ilustrativo al respecto. En menos de una década, las coaliciones transnacionales han sido exitosas en alterar la comprensión común sobre las grandes presas, y por ello han dejado de ser consideradas herramientas obvias y naturales y símbolos del desarrollo y la modernidad, para ser concebidas como proyectos crecientemente controversiales y problemáticos.

Miller (2004) critica la tesis de la homogeneización cultural y plantea que, aunque hay poca duda de que ésta sea una dimensión de la globalización, puede debatirse que el problema central de las interacciones

globales actuales lo constituya la tensión entre homogeneización y heterogeneización culturales. La proliferación de las mercancías y cultura occidentales no es sólo un flujo de ida. Las mercancías y la cultura son adoptadas y adaptadas en sitios y formas culturalmente específicas. En este contexto, el aumento de redes cosmopolitas transnacionales y un punto de vista xenofílico asociado resulta crucial para el crecimiento de la sociedad civil y los movimientos sociales transnacionales. Con todo, y pese a que cada vez más personas están involucradas con múltiples culturas, esto no necesariamente produce cosmopolitismo, el cual se distingue por una apertura a los otros y un deseo de participar en otras culturas. En el lado opuesto está la xenofobia, entre otras formas anticosmopolitas de política de identidad, desde nacionalismos y diversos modos de provincialismo, racismo, discriminación étnica, sexismo, homofobia y fundamentalismo religioso. Cómo entender el flujo de los significados y las identidades se vuelve un problema central para los movimientos sociales en un mundo globalizante.

Movimientos sociales transnacionales y el movimiento por la justicia global o movimiento de movimientos

Moghadam (2009) ubica el nacimiento del movimiento por la justicia global en las postrimerías de la década de los noventa, como una reacción a la globalización neoliberal, una expresión de globalización desde abajo, un elemento clave de la sociedad civil global y un ejemplo de la transnacionalización de la acción global. Está compuesto de ONG, organizaciones de movimientos sociales y de la sociedad civil, redes de abogacía transnacional, uniones y grupos religiosos opuestos al neoliberalismo. El movimiento existe en grados de coordinación y activismo variables a través de las regiones. Conocido también como el movimiento de movimientos, confirma que las cuestiones de clase, desigualdad y redistribución no pertenecen a una era pasada. De hecho, el ciclo de protestas en contra del neoliberalismo surge en primer lugar del sur, como se revisó en líneas anteriores. Así, los tipos de movimientos y redes son, entre otros, ambientalistas, feministas, antipobreza, religiosos, tercermundistas, antigobernanza corporativa, por la paz y por los derechos humanos, laborales, indígenas y de mujeres.

Para esta autora, un movimiento social es transnacional en tanto conecta gente a través de las fronteras, alrededor de una agenda común y una identidad colectiva; moviliza grandes números de activistas y participantes, partidarios, sea como individuos o como

miembros de redes, grupos y organizaciones, y se involucra en política opositora contra los Estados u otros detentadores de poder. Ella trabaja principalmente lo que identifica como tres movimientos sociales transnacionales que emergieron bajo las condiciones del capitalismo tardío/globalización neoliberal: el movimiento de las mujeres, el islam político y el movimiento por la justicia global.

El movimiento por la justicia global puede relacionarse con los movimientos transnacionales de trabajadores, socialistas, comunistas, progresivos y anarquistas de épocas anteriores. Muchos de los activistas más viejos en el movimiento actual por la justicia global estuvieron alguna vez afiliados a organizaciones del ala izquierda o movimientos de solidaridad, mientras que buena parte de los activistas más jóvenes están involucrados en causas laborales y de justicia económica. Grupos de derechos humanos también abundan en el movimiento por la justicia global, y algunos teóricos han encontrado similitudes entre su discurso moral, sus tácticas y estrategias y aquellas del muy temprano movimiento antiesclavista en Estados Unidos y el Reino Unido. El movimiento global contemporáneo de mujeres tiene sus raíces en la primera ola feminista, con su énfasis en el sufragio y la justicia por las mujeres, y en la segunda ola feminista, con sus demandas de igualdad y cambio cultural. La primera ola feminista trajo organizaciones internacionales abolicionistas, en pro del sufragio femenino, contra el tráfico de mujeres y el militarismo, y que propugnaban la legislación laboral para mujeres y madres trabajadoras.

De manera similar, Montagna (2008) discute que el movimiento por la justicia global difiere de los movimientos sociales del pasado en tres elementos: la noción de red, y de ahí la de red de redes; la existencia un marco global y maestro: la demanda por la justicia global en contra del imperio –las campañas globales–; y el rol de la globalización desde abajo.

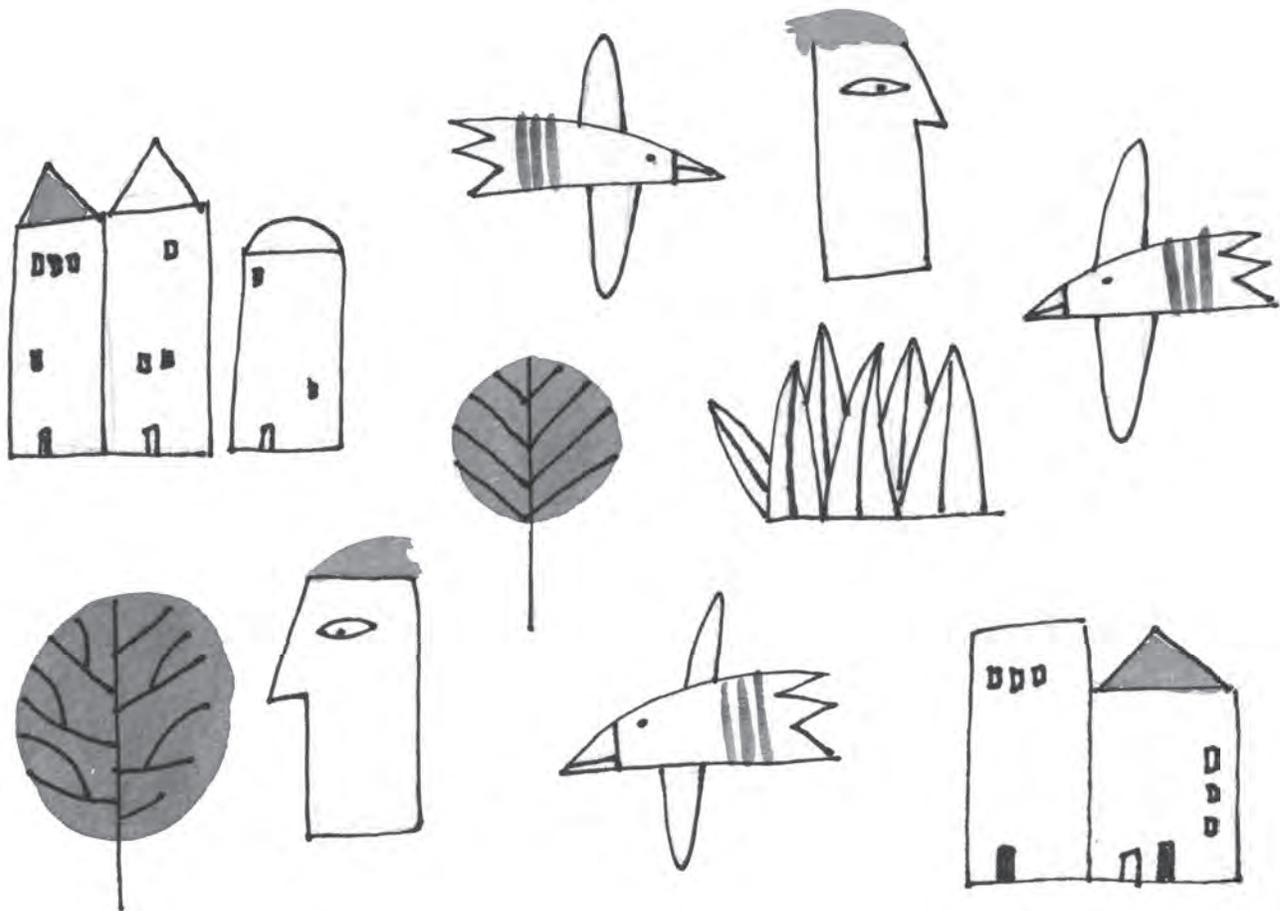
Bennett (2005) se concentra en el movimiento emergente global de justicia social y sus intersecciones con las protestas en contra de la guerra y la ocupación de Irak por parte de Estados Unidos. En este tipo de movimientos encuentra un metamarco tal como diversidad, inclusividad y justicia social. Este enmarcado impreciso de lo que otros han descrito como identidades flexibles permite a la gente con posiciones diversas unirse en acciones impresionantes, trayendo con frecuencia muchos asuntos al mismo acto de protesta. El investigador se pregunta si tales actividades de protesta muestran suficiente coherencia organizacional para ser sostenibles y considerarlas movimientos sociales. Explora las manifestaciones antiguerra y se

cuestiona qué es lo que las califica como un ejemplo de activismo transnacional. En cierta medida, las protestas transnacionales antiguerra parecen entrar en la definición clásica de movimiento social. Pero, en otro sentido, esas protestas parecen ajenas, a saber, por la proclividad de los activistas para moverse fácilmente entre problemas, objetivos y mensajes. El cuestionamiento central es acerca de si estas redes multiasuntos, imprecisas, generarán el compromiso y énfasis requeridos para que los movimientos desarrollen posiciones políticas creíbles y forjen relaciones políticas con sus objetivos, que pudieran, en efecto, producir cambios. Otro conjunto de preocupaciones tiene que ver con las tecnologías sociales de comunicación que combinan construcción *on-line-off-line* de relaciones dirigidas a obtener confianza, credibilidad y compromiso, definidas en el ámbito del individuo más que en el colectivo.

En este entorno signado por la diversidad, los movimientos afrolatinoamericanos y campesinos son un ejemplo representativo. Escobar (2005), desde su análisis de las políticas del lugar, revisa el movimiento social de las comunidades negras del Pacífico colom-

biano, que emerge con la profundización de las políticas neoliberales a fines de los noventa. Su discusión lo ubica en lo que llama el movimiento transnacional de redes, y se vincula directamente con otros movimientos continentales o globales (afrolatinoamericanos y antiglobalización). Es un movimiento que reta a la globalización neoliberal en diversos planos, que propone nuevos horizontes de significado, con sus concepciones alternativas de economía, naturaleza y desarrollo, o, como en el caso del movimiento zapatista, con su énfasis en la humanidad, la dignidad y el respeto a la diferencia.

Desde la experiencia de los movimientos campesinos, La Vía Campesina (Martínez-Torres y Rosset, 2008) es una alianza internacional de organizaciones de campesinos y pequeños productores de las Américas (del norte, Central, del sur, y el Caribe), Asia (del sur y del sureste), Europa y África, que intenta recrear, mantener y fortalecer una identidad campesina. Es un movimiento social transnacional con raíces en América Latina, el cual ha podido crear un discurso e identidad campesino-internacional de acuerdo con los tiempos, sin tratar de construir una estructura



política de partido. Su estilo político es el de los movimientos de gente pobre, que ha sido empujada a la orilla de la extinción por los poderes dominantes en sus países y en el mundo: aquellos que en general no han sido tenidos en cuenta, que han sido engañados muchas veces por políticos de hablar suave y ONG, que nunca fueron invitados a sentarse a la mesa y tuvieron que dar codazos para conseguir el sitio que ahora ocupan. Como los individuos involucrados en la mayoría de los movimientos sociales, tienen una profunda desconfianza, cimentada en la amarga experiencia de métodos que canalizan y calman el disenso: esto es, de resolución de conflictos, diálogo participativo, “consultas” y “participación” del Banco Mundial y demás. Otro caso es el movimiento El Campo no Aguanta Más, cuyo proyecto, según Mestries (2009: 198), “ataca el modelo económico neoliberal, los intereses políticos y económicos dominantes, y la inserción subordinada del país a los planes estratégicos de Estados Unidos y a los intereses de las corporaciones transnacionales vía el TLCAN”. Bartra (2009: 165), a su vez, aludiendo a las presiones del fundamentalismo mercadócrata plantea que, en México, la viciosa relación Estado-sociedad—cuya matriz ubica en la Revolución de 1910 y su curso durante los años veinte—no ha cambiado sustancialmente, y en el ámbito rural sigue siendo uno de los mayores retos del movimiento campesino.

Los significados en los movimientos sociales transnacionales

El significado raramente es claro fuera de contexto; entender los significados de las imágenes y los mensajes propagados a través de estos flujos requiere traducción en una multitud de nuevos entornos. Pero aun si el significado puede ser traducido confiablemente, las acciones que fluyen de ellos son dependientes de convenciones específicas de lugares concretos. Dadas estas complejidades, es difícil ver cómo los movimientos sociales pueden organizarse más allá de los contextos de lugares específicos. Sin embargo, los movimientos sociales transnacionales lo deben hacer. Es precisamente aquí donde la práctica antropológica ha aportado (Nash, 2005) el análisis de la cultura que permite comprender significados, y en particular la cultura entendida como un conjunto de repertorios para la acción y como una herramienta (Zald, 1999). Un caso muy claro es el de las políticas de identidad, a saber, la recreación de la identidad étnica (Zárte, 1998). Miller (2004) abunda sobre los dilemas políticos que representan las identidades colectivas fragmentadas y múltiples y que son bien conocidos; en este

sentido, la noción de que la clase es la narrativa maestra común que puede unir los diversos intereses de las colectividades oprimidas es cuestionada. Aunque cada individuo ocupe una posición de clase, no por fuerza las colectividades oprimidas verán su opresión en términos de clase; por el contrario, añade Miller (2004: 232-233), muchas colectividades—étnicas, de género, regionales, sexuales—ven su opresión primariamente en cuanto a una falta de reconocimiento y de una negación total de los derechos de ciudadanía. Esto ha ocurrido también desde el terreno de lo cultural; naturaleza humana, agencia y propósito son universales, y esta universalidad subyace en las muchas variaciones en las formas sociales.

Gran parte del debate sobre marcos maestros para una movilización con base amplia puede ser trazado detrás de aquel sobre la naturaleza de un orden mundial justo. Miller retoma la postura de Nancy Fraser que considera las dimensiones material y cultural de la justicia. Ella piensa que el dualismo cultural/material es falso. En vez de eso, plantea que la justicia hoy requiere tanto redistribución como reconocimiento. En este sentido, la globalización puede producir varias formas de injusticia socioeconómica, incluyendo la explotación, la marginalización económica y la privación. Pero aunque promueve la desigualdad, merma la solidaridad y busca transformar la lucha política en económica, no rechaza abiertamente el valor de la igualdad (May, 2012). Puede además generar injusticia cultural, que implica dominación cultural, falta de reconocimiento y de respeto. Mientras estas formas de injusticia pueden ser separadas de manera analítica, en la práctica están entrelazadas. Aun las instituciones más económicas tienen una dimensión cultural constitutiva e irreducible; son tocadas con significaciones y normas. Por su parte, incluso las prácticas culturales más discursivas tienen una dimensión económico-política que tampoco se puede reducir, están apuntaladas por una base material. No obstante, dice Miller, el carácter abstracto del análisis de Fraser deja poco espacio para el reconocimiento de las diversas geografías de agravios. Todo esto conduce a la misma pregunta: ¿cómo apelan los movimientos emancipatorios a un apoyo amplio?

Miller revisa a David Smith (2000), quien evita nociones de valores culturales universales, y en su lugar enfatiza el reconocimiento de la semejanza humana. Él significa que todos los seres humanos tienen necesidades fisiológicas, psicológicas y sociales comunes, las cuales toman forma en contextos sociales específicos. Más bien se trata de entender lo que el sufrimiento en efecto significa, surgiendo de una combinación de experiencia personal y la capacidad imaginativa para

generalizar la experiencia de los otros (Smith, 2000: 1158). En vez de basar nuestra preocupación por los otros en una identidad cultural/colectiva común, estaría fundada en nuestra humanidad común. Ésta es solidaridad en el más verdadero sentido de la palabra, cimentada no en la identidad de la cual somos parte, sino en el deseo de aliviar el sufrimiento de los otros, con quienes no compartimos una identidad colectiva, más que ser humanos.

Aunque también la base experiencial de empatía es con seguridad local (Smith, 2000: 1159), sentir responsabilidad moral por y sucesivamente tomar acción en solidaridad con *otros* distantes requiere entender las maneras en las cuales sus vidas están entrelazadas con las nuestras en la economía mundial globalizante. Tal comprensión es por lo general difícil de lograr.

A manera de cierre

Este trabajo plantea las dificultades de categorizar lo que se ha llamado movimientos sociales transnacionales y/u organizaciones de movimientos sociales transnacionales. Existen al menos dos tendencias para caracterizarlos: una propuesta “dura” –la de Khagram, Riker y Sikkink– y otra más diversificada –en la que se ubican otros autores–. Esto se debe precisamente a la diversidad y pluralidad de agendas y problemas que los activismos transnacionales incluyen; de igual modo se trata de otro tipo de actores y sujetos más experimentales y que portan una resignificación de lo político, que prescinde de las utopías y se centra en lo cotidiano. Las redes interpersonales desde las nuevas tecnologías de la información construyen esas comunidades transnacionales.

En general, se cuestiona la pertinencia de hablar de una sociedad civil transnacional, parece más evidente que las redes, campañas y coaliciones sean las formas más comunes de acción transnacional; por ejemplo, en las resistencias en contra del impacto regional de las políticas neoliberales. En estas luchas, el sur ha sido tempranamente protagonista principal, como se mostró en el caso de los movimientos indígenas, y ha tenido una agenda preponderante en los movimientos que trascienden fronteras, naciones y proyectos transnacionales “desde arriba”.

El movimiento de movimientos parece predominar en muchas de las experiencias transnacionales de movilización, es decir, el movimiento por la justicia global. Justicia, abolición de la desigualdad, redistribución, reconocimiento, constituyen el núcleo de las demandas. El ejemplo más reciente son las redes y campañas que han devenido globales en torno a la

desaparición de estudiantes normalistas de Ayotzina-pa, Guerrero, en México. Aquí se exhibe la relevancia de las convergencias, y la cara positiva de la diversidad y la pluralidad. Pareciera que, al final, es determinante el deseo de aliviar el sufrimiento de otros. Sentir responsabilidad por otros.

De manera muy importante los actores luchan contra distintas formas de injusticia que son percibidas y asumidas en el nivel global, en este caso, lo rural, la pobreza, lo indígena. Este movimiento transnacionaliza la ciudad desde abajo, siendo el punto de convergencia ciudad/campo (rural). La ciudad se convierte en una especie de foro, o de telón de fondo. Desde lo aparentemente local se permite la expresión de causas múltiples: justicia, rendición de cuentas, rechazo de la violencia, la impunidad y la corrupción, la renuncia de autoridades, cambios incluso de gobierno. Se conjuga en la convergencia de lo campesino, indígena y ciudadano, actores que históricamente han demandado reconocimiento, ante la negación total de los derechos de ciudadanía, y la necesidad imperiosa de la redistribución económica. Los diversos modos de injusticia afloran en estos movimientos, los cuales pugnan por una política de redistribución y reconocimiento, entre otras cosas, identificando sus dimensiones emancipatorias, al decir de Ruggiero (2008), quien afirma que estos movimientos implican flujos de gente más allá de los territorios nacionales, son una explosión de deseos y civilizan la economía.

Es evidente que no obstante los problemas que conlleva la resonancia declinante de los mensajes de los novísimos movimientos sociales, esto quizás tiene que ver con la constitución de nuevos sujetos, aunado a viejos y actuales problemas y a la predominancia de otras formas de comunicación: las nuevas tecnologías. Sin embargo, a pesar de las dificultades de la trascendencia de los mensajes y los significados, de la ausencia de grandes programas para el futuro, estas nuevas modalidades de activismo transnacional han tenido un éxito relativo.

El análisis de la política interna y de los significados de lo político en esos movimientos, en particular desde la antropología, ha permitido complejizar una mirada de homogeneidad y consenso, aprendiendo a observar esos momentos en que se crea *comunidad*, o *comunidades*, como algo que favorece la acumulación de conocimientos, de repertorios de acción, y la creación y recreación de nuevos marcos de significado, pese a su inestabilidad y fluidez. Por otro lado, ha contribuido a elucidar las dimensiones plurales de un movimiento en el que convergen identificaciones e identidades de diverso orden: de género, de clase, de etnia, de *raza*, etarias, entre otras.

Bibliografía

- ALBÓ, XAVIER
2003 "Aymaras entre Bolivia, Perú y Chile", en Françoise Morin y Roberto Santana (eds.), *Lo transnacional, instrumento y desafío para los pueblos indígenas*, Ediciones Abya-Yala, Quito, pp. 85-146.
- ALONSO, JORGE
2013 *Repensar los movimientos sociales*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- ASHCROFT, BILL, GRIFFITHS GARETH Y HELEN TIFFIN
2000 *Post-Colonial Studies. The Key Concepts*, Routledge, Londres/Nueva York.
- BARTRA, ARMANDO
2009 "Los campesinos contra el ogro omiso. Meandros del movimiento rural en el último cuarto de siglo", en Francis Mestries, Geoffrey Pleyers y Sergio Zermeño (coords.), *Los movimientos sociales: de lo local a lo global*, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)-Azcapotzalco/Anthropos, México/Barcelona, pp. 157-166.
- BENNETT, W. LANCE
2005 "Social Movements beyond Borders: Understanding Two Eras of Transnational Activism", en Donatella Della Porta y Sydney Tarrow (eds.), *Transnational Protest and Global Activism*, Rowman & Littlefield, Lanham, pp. 203-226.
- BESSERER, FEDERICO Y RAÚL NIETO
2015 *La ciudad transnacional comparada. Modos de vida, gubernamentalidad y desposesión*, UAM/Juan Pablos Editor, México.
- BESSERER, FEDERICO Y DANIELA OLIVER
2014 "Introducción: La ciudad transnacional", en Federico Besserer y Daniela Oliver (eds.), *Ensamblando la ciudad transnacional. Etnografía especular de los espacios transnacionales urbanos*, UAM/Juan Pablos Editor, México, pp. 13-42.
- CASTELLS, MANUEL
2012 *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de internet*, Alianza Editorial, Madrid.
- COHEN, ROBIN
1998 "Transnational social movements: an assessment", presentado en el Seminario Zigmund Bauman (WPTC98-03), Working Papers on Transnational Communities, Economic and Social Research Council, Oxford.
- DELLA PORTA, DONATELLA Y SIDNEY TARROW
2008 "Transnational Protest and Global Activism", en Vincenzo Ruggiero y Nicola Montagna (eds.), *Social Movements. A Reader*, Routledge, Abingdon/Nueva York, pp. 339-348.
- ESCOBAR, ARTURO
2005 *Más allá del Tercer Mundo: globalización y diferencia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- GRUPO DE BARBADOS
1979 *Indianidad y descolonización en América Latina: documentos de la Segunda Reunión de Barbados*, Nueva Imagen, México.
- HARVEY, DAVID
1996 *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Blackwell, Oxford.
- 2008 "El derecho a la ciudad", en *New Left Review*, núm. 53, noviembre-diciembre, pp. 23-42.
- KEARNEY, MICHAEL
1986 "From the Invisible Hand to Visible Feet: Anthropological Studies of Migration and Development", en *Annual Review of Anthropology*, vol. 15, octubre, pp. 331-361.
- KHAGRAM, SANJEEV, JAMES V. RIKER Y KATHRYN SIKKINK (EDS.)
2002 *Transnational Social Movements, Networks and Norms*, University of Minnesota Press, Minneapolis/Londres.
- KLANDERMANS, BERT
1997 *The Social Psychology of Protest*, Blackwell, Oxford.
- MARTÍNEZ-TORRES, MARÍA ELENA Y PETER M. ROSSET
2008 "La Via Campesina: Transnationalizing Peasant Struggle and Hope", en *Latin American Social Movements in the twenty-first century Resistance, Power and Democracy*, Rowman & Littlefield, Lanham, pp. 307-322.
- MAY, TODD
2012 "La política democrática actual", en *Debate Feminista*, año 23, vol. 46, octubre, pp. 119-145.
- MCADAM, DOUGH, JOHN D. MCCARTHY Y MAYER N. ZALD
1996 "Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores; hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales", en Dough McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Ediciones Istmo, Madrid, pp. 21-46.
- MESTRIES, FRANCIS
2009 "Los movimientos sociales rurales en la década de la alternancia o las esperanzas frustradas", en Francis Mestries, Geoffrey Pleyers y Sergio Zermeño (coords.), *Los movimientos sociales: de lo local a lo global*, UAM- Azcapotzalco/Anthropos, México/Barcelona, pp. 169-207.
- MILLER, BYRON
2004 "Spaces of Mobilization: Transnational Social Movements", en Clive Barnett y Murray Low, *Spaces of Democracy: Geographical Perspectives on Citizenship, Participation and Representation*, Sage, Londres/Thousand Oaks/Nueva Delhi, pp. 223-246.
- MOGHADAM, VALENTINE M.
2009 *Globalization & Social Movements: Islamism, Feminism, and the Global Justice Movement*, Rowman & Littlefield, Lanham/Boulder/Nueva York/Toronto/Plymouth.
- MONTAGNA, NICOLA
2008 "Social Movements and Global Mobilisations", en Vincenzo Ruggiero y Nicola Montagna (eds.), *Social Movements. A Reader*, Routledge, Abingdon/Nueva York, pp. 349-356.
- MORIN, FRANÇOISE Y ROBERTO SANTANA
2003 "Globalización, transnacionalización y pueblos autóctonos", en Françoise Morin y Roberto Santana (eds.), *Lo transnacional, instrumento y desafío para los pueblos indígenas*, Ediciones Abya-Yala, Quito, pp. 7-23.
- NASH, JUNE
2005 "Introduction: Social Movements and Global Processes", en June Nash (ed.), *Social Move-*

- ments: *an Anthropological Reader*, Blackwell, Malden/Oxford/Victoria, pp. 1-26.
- ORTNER, SHERRY B.
 2006 "Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal", en Sherry B. Ortner, *Anthropology and Social Theory Culture, Power and the Acting Subject*, Duke University Press, Durham/Londres.
- ROSE, NIKOLAS
 2007 "¿La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno", en *Revista Argentina de Sociología*, año 5, núm. 8, pp. 111-150.
- RUGGIERO, VINCENZO
 2008 "Dichotomies and Contemporary Social Movements", en Vincenzo Ruggiero y Nicola Montagna (eds.), *Social Movements. A Reader*, Routledge, Abingdon/Nueva York, pp. 357-366.
- SMITH, DAVID
 2000 "Social Justice Revisited", en *Environment and Planning A*, vol. 32, núm. 7, pp. 1149-1162.
- SMITH, JACKIE
 2004 "Transnational Processes and Movements", en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Blackwell, Oxford, pp. 311-335.
 2008 "Globalizing Resistance: The Battle of Seattle and the Future of Social Movements", en Vincenzo Ruggiero y Nicola Montagna (eds.), *Social Movements. A Reader*, Routledge, Abingdon/Nueva York, pp. 316-326.
- 2009 "The Transnational Network for Democratic Globalization (from Social Movements for Global Democracy)", en Jeff Goodwin y James M. Jasper, *The Social Movements Reader: Cases and Concepts*, Wiley-Blackwell, Malden/West Sussex, pp. 236-248.
- TARROW, SIDNEY
 2004 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, Madrid.
 2005 *The New Transnational Activism*, Cambridge University Press, Cambridge.
- TILLY, CHARLES Y LESLEY J. WOOD
 2009 *Social Movements 1768-2008*, Paradigm Publishers, Boulder.
- ZALD, MAYER N.
 1999 "Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos", en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Ediciones Istmo, Madrid, pp. 369-388.
- ZÁRATE, MARGARITA
 1998 *En busca de la comunidad. Identidades recreadas y organización campesina en Michoacán*, El Colegio de Michoacán/UAM-Iztapalapa, Zamora/México.
 2012 *Resistencias en movimiento de dignidad, deseo y emociones: una mirada antropológica*, UAM-Iztapalapa/Juan Pablos Editor, México.